

## MIEDO DE MÍ

Yo tengo miedo de mí  
cuando me duele el recuerdo  
y se me secan los días  
a lo lejos.

Si ahora me miro en el pozo  
cierro los ojos de prisa:  
me falta luna en el fondo.

Me nacen retoños verdes  
junto a los pies, que, me abrigan  
y, sin quererlo, me mueren.

Mi reloj canta, sin ritmo,  
horas largas En las sienes  
me barrenan los instantes...

Y tengo que andar, rendido  
con el dolor de moverme.

JOSÉ CANAL

## DEL PASADO PROXIMO CACEREÑO

### A L A S

(1913)

No vacilamos en poner sobre la cifra 1913 una sola palabra: alas. En el sentido literal y en el figurado, compendia perfectamente la esencia del año cacereño: alas en la política local, desencadenada en vuelos de luchas; alas con las que empezaba a remontar su firme vuelo el socialismo; alas, auténticas de aviones, surcando el espacio... Alas en todo y por todo.

En alas del auge de la construcción, Cáceres iba creciendo y mejorando su parte nueva. Las casuchas que achicaban la Plazuela de San Juan, fueron derruidas, mientras en la Plaza Mayor, esquina a la calle Empedrada, en el nuevo edificio alzado por don Víctor García, se instalaron el *Hotel Europa* y el *Café Santa Catalina*, negocios dirigidos, respectivamente, por Jurado y Montalbán. Durante muchos años, este hotel sería el más importante—casi el único—de la localidad, y por muchos años *Santa Catalina* iba a ser el centro de reuniones más grato y distinguido. Como complemento, en la misma calle Empedrada, inauguró Félix Saldaña la confitería *Novelty*, de fugaz y resonante esplendor.

Posó entonces su vuelo en Cáceres Pedro Campón, pintor bohemio y extravagante, natural de Aldea del Cano, que había corrido el mundo y trajo como único trofeo una mona. Más tarde tuvo cómica fama en Madrid, donde fundó el partido éti-estético, del que era jefe y único adepto, y por donde presentó su candidatura a Diputado a Cortes, haciendo popular este estribillo de su propaganda: «¡Votad a Campón!»

A impulsos del creciente interés del público, el deporte futbolístico tomaba vuelos, con los dos equipos locales, el «Sport Club Cacereño» y el «Atlético de Cáceres», enfrentados frecuentemente a campo abierto.

El fervor religioso elevábase en enérgica protesta contra la enseñanza voluntaria, no obligatoria, de la religión; concebía la idea—que aún iba a tardar en realizarse—de coronar a la Virgen de la Montaña y daba más esplendor a las procesiones de Semana Santa, en las que por primera vez figuraron los pasos de la Verónica y la Flagelación, regalados, respectivamente, por doña Trinidad Cotrina y Ortiz, viuda de Higuero, y por la Marquesa de Camarena.

En alas del entusiasmo popular subían los espectáculos teatrales y taurinos. En los primeros triunfaban Montijano, la Ortega, Beut, Canosa y Carmen Cobeña; en los segundos, iba ganando fama el joven torero José Gómez, *Gallito Chico*, que actuó en las ferias cacereñas, alternando con Paco Madrid. Como complemento, resurgían más pujantes cada domingo veraniego las becerradas a cargo de los

señoritos, los mecánicos, los camareros, los albañiles, los comerciantes, los cocheros...

Aires nuevos empezaban a azotar las tradicionales danzas, el rigodón y el vals, trayendo el «Two Step», el Tango Argentino y «El baile del Oso».

El flamante «Centro de Reporters», el nuevo Semanario *Uno Más*, la publicación de *Castillos, Torres y Casas fuertes de la provincia de Cáceres*, de Publio Hurtado; el ofrecimiento del Hospital, para sede de la Escuela Superior de Guerra; el impulso dado, con poco éxito, a las obras del nuevo teatro; la aparición del periódico jaimista *El Correo Extremeño*; los automóviles, que empezaban a hacerse familiares en Cáceres, y las tallas que comenzó a exhibir Alfonso Gómez Moreira, eran optimistas aleteos en diversas actividades.

En alas del viento huracanado vino en Junio a poner su nota trágica la tormenta «desencadenada sobre la ciudad, sin precedente en su historia». Truenos, relámpagos, agua y granizo «hacían temblar—dijo un periódico—a los más esforzados; fueron unos instantes terribles». Se inundaron los pisos bajos de muchas casas y se desbordó la Ribera, arrasando las huertas. En el campo hubo varios muertos por rayos.

El revoloteo político empezó con un choque entre el Gobernador, Polo de Lara, y el Ayuntamiento, por negarse aquél a aprobar los presupuestos municipales. Hubo luego contienda electoral y pugilato al constituirse la Diputación, de la que, en reñidísima lucha, fué elegido Presidente don García Muñoz y Torres-Cabrera, hoy Conde de Canilleros.

Pero lo importante en este campo era que el socialismo iba cobrando alas, con las que iniciaba un vuelo que no se detendría en mucho tiempo. En Febrero se celebró reunión en *Varietades*, bajo la presidencia del ebanista José Criado, aprobándose el reglamento del *Centro Obrero*—que contaba con seiscientos socios—y de su cooperativa. Poco después se inauguró la *Casa del Pueblo*, quedando constituida su junta. Con los restos de las fracasadas sociedades obreras, nacidas en los primeros años del siglo, se había fundado esta *Casa del Pueblo*, que en Marzo celebró un mitin en su domicilio social, para pedir al Gobierno la aprobación de la Ley que fijase en diez horas la jornada máxima de trabajo. El doctor Salgado donó quinientas pesetas para la cooperativa, fundando además el periódico *El Socialista Extremeño*.

El 1.º de Mayo recorrió las calles una pacífica manifestación de dos mil obreros, con las banderas gremiales y con la banda de música del Municipio.

El despido de dos panaderos dió origen a una huelga de los del oficio, que pudo zanjarse cuando ya se pensaba en hacerla general y cuando los cacereños tenían el apoyo económico de sus compañeros del resto de España.

En Septiembre, las discrepancias internas pusieron en verdadero peligro la existencia de la agrupación, por haber surgido pugilatos

de caudillaje, llegando las cosas a un extremo tal, que una noche anduvieron a tiros en la *Casa del Pueblo* y tuvo que intervenir la Policía. Uno de los principales promotores fué el un poco extravagante doctor Salgado. Zanjadas, al fin, las disensiones, siguió su marcha la floreciente agrupación, que aún no quiso participar en contiendas electorales; pero que había llegado a una altura que iba a permitirle influir permanentemente en la vida ciudadana.

El batallón de Gravelinas voló hacia Badajoz y de allí vino a sustituirle el de Castilla, que hizo con toda solemnidad la Jura de la Bandera en la Plaza Mayor.

Junto a las alas en sentido figurado, las auténticas completaron el perfil anual. Henri Tisier, en su monoplano «Bleriot», de treinta caballos, repetía su proeza de un año antes, volando en la mañana del 31 de Mayo. Al día siguiente hizo un segundo vuelo, sobre Cánovas, mientras se celebraba la batalla de flores, en la que tan sólo hubo dos carrozas: una, representando un gramófono, de la Marquesa de Camarena, y otra, que figuraba un zapato, de la familia Trujillo.

Al tercer día cayó Tisier, al intentar elevarse, sin sufrir lesión alguna; pero quedandc muy averiado el aparato.

Una segunda exhibición aérea dió el aviador Gilbert, en su monoplano «Morán», con el que vino en vuelo directo desde París, para ganar la copa Pomery y el premio de sesenta mil francos. Agradecido a las atenciones recibidas de los cacereños, el 6 de Agosto, a las seis de la tarde voló ante numerosa y admirada concurrencia, gustando mucho más que Tisier. «Gilbert es estupendo—decía un periódico—. Aquel hombre tan pronto se elevaba a trescientos metros, como caía rápidamente, igual que un pájaro muerto, hasta muy próximo del suelo, para remontarse otra vez majestuosamente... El gran Gilbert no habrá oído ovaciones tan delirantes como las que se le tributaron».

Para completar los espectáculos aéreos, en los primeros días de Junio cruzó sobre Cáceres, ante la expectación del vecindario, un globo que fué a caer cerca de la estación de Arroyo. Procedía del Parque Militar de Guadalajara y vino tripulado por dos capitanes.

No hemos de terminar sin recoger dos sucesos que también encajan, figuradamente, en el común denominador de alas. Fué uno, el robo de un azulejo de extraordinario mérito artístico, que «voló» de la fachada del Palacio de Hernando de Ovando, en la que estaba incrustado. Finalmente, el alma de un cacereño popularísimo, don Juan Jacobo de la Riva, alzó el vuelo de este mundo terrenal.

Juanito de la Riva—así se le llamaba siempre—puso fin a sus días en los instantes de plenitud, a los cincuenta y dos años, disparándose un tiro en la sien, a las puertas del Cementerio, sin que nadie pudiera explicar satisfactoriamente el móvil de tan lamentable resolución. Cuando al amanecer del 21 de Septiembre fué encontrado su cadáver, la noticia corrió rápida, causando general sentimiento. ¿Era posible que Juanito, simpático, querido de todos, se hubiera suicidado? Esta pregunta brotaba en los labios de los cacereños, sin encontrar respuesta justificativa de la tragedia.

Juanito era un hombre cordial, espléndido, alegre, bueno y caballero. Figuraba en los primeros planos sociales y desempeñó con acierto cargos políticos, entre ellos el de alcalde de la ciudad. Su único defecto — acaso en él sea preciso buscar la raíz de su muerte — era la afición al alcohol; pero hasta en los momentos de embriaguez conservaba un señorío y una corrección intachables.

Para no terminar con el amargor de su trágico fin, vamos a recoger una graciosa anécdota de la Riva:

Estando al frente de la Alcaldía, publicó un severo bando contra la embriaguez durante las fiestas de Carnaval, para concluir con los frecuentes altercados callejeros. En la noche del Domingo Gordo, en el baile de *La Concordia*, las abundantes libaciones pusieron a Juanito en tan lamentable estado, que hubo necesidad de que dos amigos lo sacaran, para conducirlo a su casa. Al salir a la calle y ver los que le conducían que estaba en ella el jefe de la Guardia Municipal, procuraron desviarse, para impedir que éste se diera cuenta de la situación del Alcalde; pero Juanito había visto también al subordinado y, deshaciéndose rápidamente de los que le sujetaban, llegóse a él con paso inseguro:

—«¿Ocurre alguna cosa?», —preguntó.

—«No hay novedad, señor Alcalde», —dijo el jefe de la Guardia.

—«Pues mucha vigilancia —ordenó la Riva—, sobre todo con los borrachos. Hay que cumplir mi bando: no quiero un solo borracho por la calle. A todo el que vea bebido, sin contemplaciones, sea quién sea, lo encierra en el calabozo».

El asombrado interlocutor apenas pudo balbucir algunas frases de acatamiento, mientras los amigos volvían a coger al Alcalde que estaba a punto de venirse al suelo, para conducirlo a su domicilio en una situación que no podía encajar de manera más absoluta en lo sancionado en su propio bando y en la reiterativa orden verbal.

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO



\*\*\*\*\*  
**PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»**

basta con llamar los días laborables al teléfono  
 n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

## PERCANCES



Huyó de tu lado  
 tu ingrato doncel,  
 dejándote el alma  
 rebosando hiel.

Temiendo que acaso  
 no pueda volver,  
 las horas te pasas  
 llorando por él.

Deshízose en humo  
 tu mágico edén,  
 y el oro forjado  
 tornóse oropel.

Que tal es la historia  
 de más de un querer:  
 caricias, reproches,  
 y olvido después.

Huyó, pobre niña  
 tu amado doncel,  
 y a solas batallas  
 buscando el porqué.

Y piensas e inquieres  
 una y otra vez,  
 si es tuya la culpa,  
 si lo fué de él.

Y en tu desconsuelo  
 no precisas bien,  
 si fué su inconstancia,  
 si fué tu altivez...

Juzgándole firme,  
 no puedes creer  
 que tan pronto olvide  
 quien amó tan bien.

Mas ¡ay! no te extrañes  
 de tal proceder.  
 ¡Cuántos se marcharon  
 para no volver!

Realidad tan triste  
 un misterio es  
 que nunca un amante  
 podrá comprender.

Y eso que no admites,  
 mucho es de temer  
 si otra más hermosa  
 le rinde a sus pies.

Que ha de ser muy diestra  
 la trampa o la red  
 que torne a sus mallas  
 amor que se fué.

Es cosa muy fácil,  
 no lo olvides, pues,  
 que en lago de amores  
 encalle un bajel.

Es cosa muy fácil,  
 bien claro lo ves,  
 si la carga es grande  
 y es mucho el vaivén.